



ACADEMIA NACIONAL
DE LETRAS

Elogio de Daniel Vidart con motivo de su ingreso a la Academia Nacional de Letras

Hoy es uno de esos días en los cuales la labor de nuestra Academia Nacional de Letras, de común sostenida y hasta ahincada, aunque ceñida al quehacer cotidiano, cumplido dentro de sus provos ámbitos, nos regala uno de sus momentos luminosos con matices de limpio júbilo, que nos llevan a abrir las puertas de par en par, como lo obliga la valía y el afecto de quien hoy recibimos, con el placer y la honra que ello añade, para otorgarle la calidad de miembro de número y titular del sillón que lleva el nombre de Eduardo Acevedo Díaz: al docente Daniel Vidart.

Me resulta imposible, pido que se me comprenda, seguir adelante soslayando la rica singularidad de la coincidencia: seguramente quien conozca a Daniel Vidart y su obra, coincidirá con nosotros que, con certeza, se sentiría como en su tiempo y en su pago en el mundo y el tiempo del autor de *Ismael*, a quien rememora su sillón. En ellos campeó el gaucho –hombre de a caballo– y había campo abierto a pleno; el solo vivir exigía cada día blandir el coraje en la lucha, la libertad redoblaba esa exigencia y la cobraba en roja moneda vital, que el criollo derrochaba sin retaceo alguno.

Y esto, todo, puebla tantas y tantas páginas escritas por quien hoy recibimos. Historia, diríase con acierto, pero habría que agregar –el contarlas es imposible– las que firmó bajo textos de antropología, sociología rural y urbana, ecología, etc., repletas, turgentes, de todo lo relativo al hombre. Páginas rezumantes de pedagogía rica y fermental. De la mejor, de aquella que se transfiere con voz cordial y sonrisa clara, con el brazo alzado, abierto y combado, marcando el abrazo. Tal como supo hacerlo en las aulas de América toda, con palabra, dicha o escrita, que entre una y otra o en las entrelíneas, deja asomar sabidurías que ascienden de los estratos más hondos de la cultura popular.

Todo esto integra un quehacer que expresa a cabalidad el vocablo docencia. Por ello elegimos, se nos impuso diríamos, la condición de docente que hemos tomado para anteponerlo a su nombre, al invocarlo en el comienzo de estas frases.

Honrados, entonces, quienes apoyamos a Daniel Vidart en esta instancia de elegirlo Miembro de Número de nuestra Academia Nacional de Letras.

Abrimos para él sus puertas, con toda la alegría que de tal honra emana y le decimos, fraternalmente:

Bienvenido.

José María Obaldía
Montevideo, 21 de setiembre de 2009